

U THANT TIENE MIEDO

¿POR qué hemos dado tanta importancia a la emoción, la turbación e incluso la angustia que se leían en el semblante de U Thant a su regreso de Moscú el 1.º de agosto, cuando la televisión no nos muestra cada día más que personajes frenéticos o fuera de sí? Descifrar el mundo en el rostro de sus dirigentes, interpretar una sonrisa o una interjección resulta con frecuencia ridículo. Sin embargo, esta vez unas palabras y una mirada nos han dicho que la paz estaba amenazada.

U Thant —que en español quiere decir «Señor Claro»— es la serenidad misma. Cuando se entra en su despacho, situado en el piso treinta y ocho del edificio de las Naciones Unidas, y en el que los picassos de Dag Hammarskjöld han sido sustituidos por renolds y redons apacibles, se tiene, de pronto, la impresión de haberse equivocado de señas y de entrar, por error, en el museo Guimet: ese rostro color de té, redondo, lleno, en el que la ironía más grave flota sobre el labio, parece el de un Buda compasivo. La mirada, tras las gafas, es dulce. En su país le dan el título de «sayas, profesor. Todas las mañanas se aísla una decena de minutos para hacer meditación, a fin, dice, de «reconquistar el equilibrio emocional».

Sin embargo, no hay que tomar al sucesor de Dag Hammarskjöld por un ser pasivo. Thant parece estar armado de una coraza y su franqueza, a veces, escandaliza. No es Mr. H., sino él, el que al hablar de Tschombe y de su gente decía que no sabía qué hacer con semejante banda de payasos; fue también él quien sostuvo, en una conferencia de prensa, que nunca los dirigentes americanos se habrían atrevido a lanzar la bomba atómica sobre un pueblo blanco... Y fue, una vez más, él quien calificó en tiempos la guerra del Vietnam de «una de las más bárbaras de la historia». Para él estaba claro que la barbarie, en esta ocasión, no estaba equitativamente repartida.

del piso treinta y ocho al vaticano

La guerra de Asia está en vías de arrancar a este técnico de la sabiduría de su prodigiosa serenidad. Yo le había visto dos veces en la época de la guerra de Argelia, cuando presidía en las Naciones Unidas el comité encargado de unificar los esfuerzos de los afroasiáticos en pro de la defensa de la causa del F. L. N. Por activo y decidido que fuera entonces, nunca le oí hablar de la política francesa en Argelia en el tono que hoy utiliza para calificar la actitud americana en Vietnam, en el que se entremezclan la irritación y el desánimo.

Se niega a entrar en demasiados detalles, y le repugna recordar la inmensa decepción que supuso para él el sabotaje, por Dean Rusk, del intento de negociación que organizó, en septiembre de 1965, en Rangún, entre representantes de Hanoi y de Washington, después de los esfuerzos que había esbozado con París, en vísperas de la reelección del presidente Johnson, para resucitar los acuerdos y la conferencia de Ginebra. Resume gustoso el comportamiento de los dirigentes americanos en relación con los contactos con el adversario observando que nunca Washington había querido establecer la discusión con el interlocutor competente en el tiempo y lugar idóneos.

Pero U Thant ha traspasado hoy el umbral de la crítica serena, y el personaje menos profético del personal diplomático contemporáneo, el menos inclinado al patetismo, emplea el tono de una Casandra.

Escuchémosle, después de su viaje a Moscú: «La guerra del Vietnam podrá degenerar en un conflicto mayor. Siempre lo he pensado. Mis conversaciones con los dirigentes soviéticos han confirmado mis temores». Todo lo que se sabe del

clima que reina a su alrededor no hace sino confirmar esta impresión: el secretario general de las Naciones Unidas ha dejado de excluir la hipótesis de una guerra generalizada.

Cuando se sabe que esta advertencia es formulada a la vuelta de un viaje a la capital de aquella de las grandes potencias que está mejor situada para provocar la extensión decisiva del conflicto, si no su extinción; cuando se sabe, además, que por intermedio de la diplomacia birmana, de las delegaciones albanesa y camboyana en la O. N. U. y de sus propias redes de información, U Thant es uno de los hombres más al corriente de las intenciones de los chinos, y que la posición que ocupa en Nueva York le pone en situación de disponer de las más seguras informaciones concernientes a la política americana, no puede dejar de darse una importancia extrema a este pronóstico. Si se sabe que, en otros dos laboratorios de una eventual paz en Asia —el Vaticano y el Eliseo—, las informaciones y los análisis son análogos a los del secretariado general de la O. N. U., se tienen aún más razones para temer el desarrollo de la guerra vietnamita en el transcurso de los meses venideros.

De hecho, del piso treinta y ocho del edificio de las Naciones Unidas al Vaticano, pasando por quienes rodean al general De Gaulle, la cuestión ya no es saber cómo parar la guerra del Vietnam, que se ha convertido ya en la guerra de Indochina. La cuestión es saber si es posible prevenir la guerra de China.

¿está enfadado el general?

En el Eliseo, en todo caso, estas aprensiones parecen haber tomado un tono apocalíptico. Hace unos días, al recibir a un visitante especialmente interesado en el desarrollo de las relaciones económicas francoamericanas y poco favorable, por tanto, a sus recientes iniciativas diplomáticas, el general De Gaulle declaraba: «No puedo dejar a los americanos que nos arrastren a una guerra con la China...».

¿Tan desolado está el general por el aventurerismo asiático americano? ¿Tan mal cree que van las cosas para él y su libertad de acción? Una diplomacia americana desatascada, la apertura de negociaciones a los debidos niveles —del F. N. L. a Moscú, pasando por Hanoi y Pekín—, la resurrección de los acuerdos de Ginebra, la vuelta a la distensión, y el general quedaría reducido a sus guerrillas provincianas en el marco de una Europa atlántica. Mientras que el viaje a Phnom-Penh va a hacer de él un «señor buenos oficios» de otra estatura —ya que no de otra eficacia— que Robert Morphy en Túnez en 1958.

Sean cuales sean las segundas intenciones, De Gaulle y U Thant están, tácticamente, completamente de acuerdo sobre las perspectivas que abre el conflicto vietnamita. Todo conduce a la aceleración de la escalada: la superpotencia (o el super-yo) de los Estados Unidos, las intrigas de Saigón, el suplicio sufrido por el Vietnam del Norte, el aislamiento psicológico del Vietcong, la visión histórica de Pekín, la misión política de Moscú. Dinamismo al Oeste, estrechez de los márgenes de manobra al Este: la energía gastada lleva, por el momento, un solo sentido.

dos proyectos americanos

¿Es ya, en estos momentos, dominante en Washington el partido de la guerra a China? Parece que no. Los viejos adagios sobre el peligro de cualquier gran



guerra terrestre en Asia siguen en vigor. Y los mismos dirigentes que encuentran natural anunciar y justificar el aplastamiento colectivo de las ciudades norvietnamitas, no toman precauciones —como Rusk el 3 de agosto— para subrayar que entre este país y la China se ha trazado una zona-tapón de cincuenta kilómetros que los aviadores no tienen derecho a franquear. Cuando se considera la imprecisión del bombardeo sobre Halphong, el 4 de agosto, y el margen de errores que llevan consigo los tiros de un superbombardero procedente de Guam o de Bangkok, se siente la tentación de pensar que esta zona-tapón es una pantalla irrisoria. Se piensa tal cosa aún más, puesto que Rusk nos ha prevenido abiertamente, el 6 de agosto, de que la zona desmilitarizada del paralelo 17 podría dejar de ser respetada por las fuerzas terrestres americanas.

Lo que ahora está en juego son menos las intenciones que los mecanismos que esta guerra ha puesto en marcha. Se puede seguir suponiendo que ni Johnson, ni Rusk, ni McNamara quieren aprovechar la oportunidad vietnamita para arreglar sus cuentas con China. Pero la máquina de guerra que se infla, de Saigón a Pleiku y de Cam-Rhan a Danang, ¿podría ser mantenida en los límites del territorio survietnamita? Para las fuerzas aéreas de los Estados Unidos, la guerra es ya la de Indochina y no tiene más fronteras que la de Langson. Y dos proyectos del Estado Mayor de Saigón hacen pensar que los terrestres y la marina, a su vez, van a «darse alres».

Recientemente, al ser presentada a un oficial vietnamita de alto rango que, al margen de los dos campos, se ha instalado en París en una espera irritada, una personalidad paramilitar americana pidió la alianza de su interlocutor al régimen de Saigón, «que ya no estará mucho tiempo bajo la influencia de M. Ky», y añadió: «Unase usted a ellos rápidamente; de aquí a tres meses haremos desembarco en el Norte, y el régimen de Ho Chi Minh se habrá derrumbado. Entonces ya no será tiempo de elegir...».

Al mismo tiempo, los dirigentes de Hanoi se dicen seguros de que la próxima iniciativa americana —el envío de un centenar de millares de hombres de refuerzo antes del primero de octubre— tiene por finalidad una ofensiva al principio de la estación seca, cuyo objetivo será el Sud-Laos —donde los «boinas verdes» hacen ya abundantes incursiones— y el corte seco de la antigua Indochina y, por contragolpe, de la opista Ho Chi Minh entre los paralelos 15 y 16, de Savannaketh a Danang.

Analizando estas dos hipótesis, añaden que un cambio semejante en la naturaleza de la intervención americana, que tomaría la forma de la invasión de un Estado socialista independiente, no podría dejar de arrastrar una respuesta por parte de los países hermanos adecuada a la situación. ¿Voluntarios?

una nueva ayuda soviética

«De momento, todavía no necesitamos hombres». Pero, ¿cuántas fuerzas aliadas podrían ser enviadas al Vietnam del Norte? Haiiphong sería sometido al bloqueo, y la cadena de montañas entre Langson y Lao Kay es más difícil de franquear en 1966 que el Yalu en 1951. ¿Cree usted que los hombres serían bloqueados en los mismos sitios por los que pueden pasar las armas pesadas que nos son proporcionadas?, me han contestado.

¿Es Pekín o Moscú el que está dispuesto a este tipo de intervención?

Tratándose de los soviéticos, el Informe de U Thant no hace sino corroborar

informaciones recibidas en Occidente desde hace unas semanas, después de las visitas a Moscú de la señora Gandhi y de Harold Wilson —sin hablar de De Gaulle— y que pueden resumirse así: a pesar del tono extremadamente falso de relieve al Soviet supremo del 3 de agosto, Kossyguin sabe ahora que el relativo inmovilismo mantenido por la U. R. S. S. es insostenible. Antes del fin del verano, los soviéticos darán prueba de ello, de un modo u otro. No hay que olvidar que el viaje de Kossyguin a Hanoi, en febrero de 1966, emprendido antes de la escalada y perturbado por los primeros bombardeos americanos sobre Dong Hoi, no tenía sólo por finalidad el celebrar unas reuniones políticas, sino también el ofrecer una ayuda militar importante, que no han podido sino multiplicar la presión militar americana y, sobre todo, el bombardeo de Hanoi y de Haiiphong. Los dirigentes soviéticos pensaron en el envío de pilotos y de técnicos en cohetes, que modificarán profundamente el clima y el sentido de la guerra, al multiplicar las pérdidas americanas haciendo pesar su responsabilidad sobre la U. R. S. S.

Evidentemente, la estrategia china tiende a desarrollos de este tipo, e incluso a ir más allá, y, ante todo, a atenuar a Moscú entre la vergüenza de la no-intervención y la catástrofe nuclear. Pero somos numerosos los que probablemente hemos subestimado el aspecto histórico de la diplomacia china, encerrándonos en un examen de las tesis del mariscal Lin Biao.

El célebre artículo publicado a principios de septiembre de 1965 por el ministro de Defensa de Pekín puede ser interpretado de diversas maneras. A muchos nos ha parecido que su significación fundamental era: «Revolucionario rural, se te promete la victoria. No la esperes sino de ti mismo. De Pekín no vendrá más que una ayuda, pero inestimable: el pensamiento del presidente Mao».

Pero después de esta frase —en la que se expresaba también una especie de mesianismo inmóvil, una diplomacia neostalinista revestida del lenguaje de Trotsky— la estrategia de Pekín parece haber evolucionado, y de los mismos principios parece desprenderse una determinación nueva, si se cree a observadores tan seguros como Edgar Snow y Robert Gullain. De las dos caras de la política china —de una parte un catastrofismo optimista fundado en la supervivencia garantizada del pueblo chino y la victoria ineluctable de la revolución proletaria; de otra parte, un plácido oportunismo, que protege a Macao y Quemoy—, el primero se llevaría lentamente la palma. ¿Puede sacarse la conclusión, a partir de los editoriales del «Diario del pueblo», de las filipelas de Liu-Chao-Chi o de Chan-Yi (materiales de propaganda a diversos títulos) y de una depuración que alcanza a todas las tendencias, de que China está decidida a sufrir el holocausto, precedente inevitable de la victoria del socialismo?

Lo que parece seguro es que, contrariamente a la tesis de la casi totalidad de los observadores americanos, la frontera de la guerra quizá no sea para Pekín la frontera de China. ¿Por dónde pasa esta frontera, que es la de los intereses vitales del pueblo chino y de la revolución?

Teniendo en cuenta el papel tradicional de giacs que Tonkin ha desempeñado para el poder de Pekín, o de Nankín, o de Tehoung-King, y que ha sido interpretado como tal en 1943 por Chang-Kai-Chek al reclamar a Roosevelt la ocupación de la Indochina septentrional, lo mismo que por Chu-En-Lai, en 1954, en Ginebra, al poner pocas dificultades para dar carta blanca a los imperialistas en Indochina meridional, debe preverse un cambio cualitativo en la actitud de Pekín, según que la potencia americana se asiente al Sur o al Norte del paralelo 17 o, mejor dicho, del 18, esa línea escarpada sembrada de puertos a la que la Historia ha dado el nombre de «puerta de Annam».

(Pasa a la página 54)

(Viene de la página 33)

la «cuestión»

Al Norte se trata de terreno «chinizado», reconquistado desde hace cinco siglos por los combatientes annamitas, por Le Loi, después por los Nguyen; terreno que China puede ver escapar a su dominio, pero no ver sometido a un dominio extranjero. De ahí los riesgos extremos de toda operación que provoque una implantación duradera de las fuerzas americanas en estas tierras. De ahí, también, que la extrema desconfianza con la que los norvietnamitas consideran toda llamada a una intervención china, que, de una concepción histórica de Pekín, haría una realidad estratégica, quizá una instalación permanente.

Pero por poco inclinados que estén a recibir una ayuda directa china, los dirigentes de Hanoi no han previsto, en ningún momento, plegarse a las amenazas de Washington. El apasionamiento del Vietnam del Norte es un caso típico de tortura.

El pueblo vietnamita está en la situación exacta del resistente sometido a la ecuestión. Confiesa que eres el agresor, arrepíente, acepta una negociación que tiene por objetivo el «abandono» de tus camaradas del Sur. Y el Strategic Air Command da un golpe de acelerador, aumenta la edosis, pasa de las fortificaciones a los diques, de las fábricas a las ciudades. Pero el grado de resistencia de una colectividad a la tortura es mayor todavía que el de un hombre, al que sus nervios pueden jugar una pasada. Desde el momento en que las preguntas se le hacen en forma de «cuestión», ¿cómo no le al límite de sí mismo? Los recuerdos de la guerra que le hemos hecho a este pueblo nos dicen que este límite no ha sido hallado todavía.

adiós a la hipocresía

En el Sur, todos los días es Budapest. En el Norte, todos los días es Sakiet-Sidi-Youssef. Y quizá mañana, en China, un inmenso Suez. Citar semejantes ejemplos, pronunciar semejantes palabras, ¿equivale a turbar lo que se llama la buena conciencia de la mayoría del grupo dirigente americano?

Es cierto que hombres como el presidente Johnson, Rusk y el vicepresidente Humphrey tratan todavía de ilusionarse y se agarran a sus tesis defensivas. Ho Chi Minh es Hitler, y el Vietnam del Sur los Sudetes. Pero lo que llama la atención desde hace tres meses, en Estados Unidos, es una especie de desvanecimiento de la hipocresía, el nacimiento de un duro cinismo en forma de bombas de napalm y de boletines de voto. Hace unos meses no se oían desde Washington a Saigón sino referencias al derecho. Después ocurrió que Cabot Lodge declaró: «En este asunto, la cuestión de derecho es absolutamente secundaria». Por una vez, este hombre de poco espíritu había dicho la verdad.

Cada día se tiene una prueba brutal de ello, como testimonio la increíble respuesta dada por Washington al gesto de Ho Chi Minh a propósito de sus aviadores prisioneros. «¿No hay proceso? Eso es que tiene miedo». Y los bombardeos redoblaban...

La argumentación oficial americana se alimenta, cada día más, de la voluntad de poderío. La Pax americana se fundamenta en el argumento de autoridad. «¿Y qué? ¿Disponiendo de semejantes fuerzas íbamos a dejar de utilizarlas? ¿No tenemos razón? No podemos permitirnos ser humillados por los vietnamitas sin admitir una derrota decisiva para el mundo libre. Aunque debiéramos suscitar la indignación de las buenas almas de París, de Londres o de Nueva Delhi iríamos hasta el final, porque en ello está el interés de la nación americana y de sus aliados...». Se trata de un tono nuevo.

No se dice que el sobrepasamiento de la «buena conciencia» lleve en sí un incremento del peligro. Cierta «lavado» psicológico puede ser una sana operación moral. Pero cuando se añaden a este joven cinismo los intereses electorales del presidente, al que la opinión no apoya más que en los momentos de crisis —nunca la popularidad de Kennedy fue mayor que al día siguiente de la Bahía de los Cochinos—, el delirio estratégico de la aviación de bombardeo, los cálculos de los constructores de bases y de caza-bombarderos y los análisis de un secretario de Estado, que afirmaba en 1951: «El partido comunista chino no existe: no es más que el instrumento del imperialismo soviético», se puede prever que la guerra del Vietnam ya no puede ser detenida en Washington.

Puede serlo en Moscú. Pero el secretario general de las Naciones Unidas ha observado que, dado el punto al que han dejado llegar las cosas en Asia, los dirigentes soviéticos no pueden ya disuadir a sus colegas americanos más que por una escalada llevada al extremo.

He aquí por qué U Thant tiene miedo. He aquí por qué cada día considera más a fondo la posibilidad de renunciar el mes que viene a su mandato internacional de «vigilante de paz». Los dirigentes americanos no pueden hundirse bajo sus críticas y, al mismo tiempo, utilizarle como cobertura para una política que, a través de la operación de «gendarmaría» en el Vietnam, no aspira a nada menos que a sustituir el control internacional de las Naciones Unidas por una hegemonía mundial de los Estados Unidos.

JEAN LACOUTURE

Un viaje de ensueño



Una travesía inolvidable donde Vd. encontrará:
LUJO - SEGURIDAD - RAPIDEZ Y CONFORT

“AMAZON”, “ARAGON” y “ARLANZA”

3 modernos trasatlánticos dotados de los últimos adelantos técnicos y de las máximas comodidades en sus tres acomodaciones de 1.º, 2.º y turista.

- estabilizadores “Denny Brown” contra el mareo.
- aire acondicionado
- piscinas.
- salas de juegos para niños.

PROXIMAS SALIDAS

VIPER	de Vigo	de Lisboa	de Las Palmas
ARLANZA	4 Sept.	5 Sept.	7 Sept.
AMAZON	25 »	26 »	28 »
ARAGON	16 Oct.	17 Oct.	19 Oct.

Servicio regular entre Londres, Vigo, Lisboa, Las Palmas, Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires

¡¡Buen viaje!!



LA MALA REAL INGLESA

Consulte a su Agencia de Viajes o a los AGENTES GENERALES PARA ESPAÑA

ESTANISLAO DURAN E HIJOS, S. A.

VIGO: Avda. Cánovas del Castillo, 3 - Teléfs. 211245-211246
MADRID-14: Pl. Cortes, 4 - Tels. 222 46 43-222 46 44-222 46 45